

## **0677. Con miradas a María**

Recordamos, para empezar, una frase famosa de hace muchos siglos. San Bernardo, que pasa como el gran amante de María, escribió una página ardorosa, en la que va repitiendo como un estribillo:

- *¡Mira la Estrella, invoca a María!...*

Y esta frase del gran Santo y Doctor, nos trae a la memoria una anécdota más cercana a nuestros días. El Papa **Pío XI**, hombre genial, investigador y artista, tenía su capilla privada llena de cuadros de la Virgen, que él mismo se entretenía en colocar y ordenar según su propio gusto. Cuando las paredes de la capilla quedaron llenas y ya no cabía nada más, los cuadros asaltaron la habitación contigua, mientras el Papa repetía sonriendo:

- *¡Siempre es hermoso mirar a la Señora!...*

¡Mirar a la Virgen!... Se pueden gastar nuestros ojos en contemplar muchas maravillas en el mundo. Pero llegar a ver una maravilla mayor que la Mujer más bella salida de las manos de Dios, nos va a ser un imposible. Habrá que esperar al otro mundo, de bellezas muy distintas al nuestro...

Ahora, sin embargo, nos preguntamos:

- *¿Para qué miramos tanto a María?*

Alguna razón poderosa debe haber en ello... ¿Por puro gusto estético? No es motivo suficiente... ¿Porque esperamos algo de Ella? Tampoco, pues muchas veces no sentimos necesidad especial... ¿Por qué será?

Y hay que buscar razones más poderosas.

La primera de todas, la más convincente, será siempre **el amor**: María es nuestra Madre, la queremos sin más, y por eso no nos cansamos nunca de mirarla...

Este amor se convertirá para nosotros en una aventura divina. Porque nos va a comprometer toda la vida, que, por ser totalmente mariana, será también totalmente cristiana.

Está muy bien, ante todo, el **entusiasmo** que sentimos por la Virgen. Porque el entusiasmo se halla siempre en la base de la entrega. San Antonio María Claret, que sabía bien lo que significa amar apasionadamente a María, les hacía repetir con él a los penitentes, cuando habían acabado su confesión:

- *¡Viva la Virgen Santísima! ¡Viva la Virgen Santísima!...*

De ese amor entusiasta nacerá después el hacer por la Virgen cualquier cosa en la vida cristiana, por ardua y difícil que sea.

Vendrán después las **manifestaciones** sencillas del amor. Por ejemplo, el llevar colgada al pecho la medalla de la Virgen o su estampa encerrada en la billetera. Por ejemplo, poner ante su imagen una flor o prenderle una vela. Por ejemplo, visitarla en una ermita o capilla suya...

¿Que todo esto son niñerías? No lo creamos. La Virgen, con esas manifestaciones de amor, se lleva muchos besos, y esos besos nacen solamente de los labios de amantes sinceros.

De esos labios nacerán también **plegarias** fervorosas. No fallarán las tres Avemarías por la noche antes de dormir. Se desgranará el Rosario, la devoción mariana por excelencia. Se le invocará a la Virgen en cualquier apuro, en cualquier necesidad.

Con todo esto, se mantendrá siempre el recuerdo y el trato entre Madre e hijos. Y así, se estará viviendo siempre **de** María, y Ella seguirá dándonos siempre la vida de Dios por la Gracia que nos irá comunicando.

Finalmente, se manifestará en nosotros esa dependencia de María, **viviendo** como Ella. Si nos hemos consagrado a la Virgen, querremos tener sus mismos sentimientos —que, por otra parte, son los sentimientos de Jesús—; querremos actuar como Ella; querremos que nuestra vida resulte en todo igual que la suya.

Entonces, María se habrá convertido de hecho en el modelo y ejemplar de la vida cristiana para cada uno de nosotros, y llegaremos así a la perfección a que Dios nos ha destinado.

Hemos empezado hoy mirando a María, igual que la miraban un Doctor de la Iglesia y un Papa: como algo hermoso y como Estrella de Salvación.

Y se me ocurre ahora recordar la mirada de un sentenciado a muerte.

El criminal se había obstinado en su crimen. Lo malo no era el no reconocer nada ante los hombres, sino que rehusaba todo el auxilio que le brindaba Dios. Llamaban al Sacerdote, pero todo resulta inútil. Se niega a la confesión y permanece impenitente. No hace ningún caso del Padre que le ofrece el perdón de Dios, aunque le hayan condenado los hombres como criminal.

Pero, mientras el Padre le habla sin que él le preste ninguna atención, se pone a mirar la estampa *Milagrosa* que lleva el mismo Sacerdote, la cual presenta al descubierto su Corazón, lo mismo que el Niño sentadito en sus rodillas. Esta mirada a la Virgen se hace cada vez más intensa. Sigue el condenado a muerte sin escuchar al Sacerdote, porque su pensamiento lo tiene en otra parte. Hasta que prorrumpie en esta exclamación salvadora:

*- Muy hermosa es la Virgen de la estampa, pero más hermosa la voy a ver yo muy pronto en el Cielo.*

Recibe la absolución, sube los peldaños del cadalso, y su alma se escapaba hacia las alturas de la Gloria, donde le esperaba una Virgen María radiante de hermosura.

Y esto nos pasará a nosotros.

Nuestras miradas a la Virgen no se van a acabar con nuestra vida en la tierra. ¡Hay que ver cómo la miraremos allá Arriba, y para siempre!...